
Algunos juanes de Rulfo *

¿Le llamaban realmente así en Sayula y en San Gabriel no siendo aristócrata y cuando era niño todavía?

¿Le inscribieron con ese nombre cuando le mandaron a la escuela de Guadalajara?

Y al pasar lista ¿decían cada día «Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno», a lo que él respondía simplemente «Presente»?

(«Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si fuera el vástago de un racimo de plátanos, y aunque siento preferencia por el verbo arracimar, me hubiera gustado un nombre más sencillo.»)

O sea que El llano en llamas pudo estar firmado por Carlos Pérez, y Pedro Páramo, por Nepomuceno Vizcaíno,

pero lo cierto es que cuando en su baraja onomástica él escogió llamarse Juan Rulfo (lo que era casi pseudónimo porque «lo de Rulfo lo tengo de María Rulfo Navarro que se casó con mi abuelo materno»)

él ignoraba —como ignora tantas cosas de sí mismo— que era el nombre que iba a darse la literatura latinoamericana para despertar de su siesta tropical.

¿Y por qué no Juan Pérez, por ejemplo, que es como se llaman todos, a veces

(todos quiere decir esas personas a quienes apenas ya les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón?),

o Juan sin Tierra, no por rey ni por inglés, ni porque se hubiera rebelado contra el padre o hecho asesinar a sobrino alguno, y ni siquiera por habernos dado una suerte de Carta Magna de las libertades de lo imaginario, sino porque no hay tierra en su suelo («Nací en el estado de Jalisco. Es un estado muy pobre... la tierra está destruida. A grado tal que en ciertas regiones ya no hay tierra... Y esa zona tiende a desaparecer.»)

O también Juan sin Nadie («A mi padre... lo mataron una vez cuando huía... a mi tío lo asesinaron, y a otro y a otro... y al abuelo lo colgaron de los dedos gordos y los perdió... Todos morían a los treinta y tres años») como a quien se le siguen muriendo todos en América Latina en esta larga guerra tonta de gobiernistas y cristeros. («Cuándo murió mi mamá me metieron en un orfanato que parecía un correccional.»). Y era difícil crecer sabiendo que la cosa donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta.

* Los subrayados están tomados de textos de Juan Rulfo, y las citas entre comillas, de conversaciones sostenidas por él con María Teresa Gómez Gleason, Luis Harss, Antonio Benítez, Arturo Melgoza, José de la Colina, la revista *Nueva* de Quito y conmigo.—J. E. A.

O Juan Todos porque en el mapa oral de sus quince cuentos y de su novela una, las voces se mezclan, se cruzan, se enredan, se confunden, irreconocibles, colectivas, es una población entera la que habla, cuando habla, para decirse cómo se fueron hundiendo para adentro o cómo se les fue cayendo el alma y otras historias igualmente agradables que se cuentan en voz baja y acostados los que, como si fueran a hacer el amor, van a estar mucho tiempo enterrados.

Juan Solo en medio de quienes le admiran, le quieren, le rodean, le protegen, le exhiben para placer de los demás, como quien comparte una alegría rara, más bien única, con los que saben y con los que creemos que saben

(yo recuerdo una noche | en un departamento de París —quien lo arrendaba ha muerto— | somos pocos los latinoamericanos | quizá ocho, digamos once o diez | hay algunas ¿demasiadas? parejas de franceses | cada vez que entra una de ellas él se levanta («Presente»)) | otra vez niño en el orfanato | presentándose «Juan Rulfo a sus órdenes» |

y las parejas tocándole apenas la punta de los dedos | sin oírle ni el nombre | sin saber quién es Pedro Páramo y menos aún que ya es un Mito | sin saber quién es Juan Rulfo y menos aún que era ya una leyenda |

porque no tiene facha de exiliado | no es folklórico | es atípico | no es exótico |

por ejemplo no es cetrino | y tiene los ojos azules y el fino cabello claro |

y sobre todo porque había whisky vino y bocadillos en la mesa |

y yo preguntándome ¿qué tal, si en la prisa que llevaban como buenos franceses invitados al abrevadero, él les hubiera detenido diciéndole a cada uno «Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno a sus órdenes»?

Pero eso es imposible en Juan Callado, ése que ya ha mascado todas las palabras del idioma para dejar salir las que valen la pena y sólo esas, porque es «como el campesino de Jalisco... Su vocabulario es muy escueto. Casi no habla, más bien», imposible en Juan Lacónico por hablado y a brazo partido por escrito: («Trataré de defenderme del barroquismo por todos los medios a mi alcance», Juan sin Miedo al vacío).

Juan Ausente («... durante la construcción de una presa gigantesca... Se trataba de obtener de unas veinte comunidades indígenas que ya no cultivaran la tierra con el sistema tradicional de quemar los montes... Estuve dos años allí. Y sabía de qué se trataba. Pero escribir un informe para mí es muy difícil. No tengo visión de reportero. No puedo escribir sobre lo que veo, lo que observo»),

por eso no se ve nada en su novela, es oral, se oye todo en ella: el galope del caballo fantasma, las puertas que se cierran sobre el recién llegado, el caer de la polilla, el bisbiseo brusco de un incesto que se lava la cara con la ternura ajena, el gozo de la mujer deseosa suplantando a la deseada en su noche de bodas porque la luna estaba brava, y el agua suena plas plas y otra vez plas, en mitad de una hoja de laurel,

novela susurrada en medio del colérico vocerío latinoamericano, murmullo subterráneo, cuento casi duro, amoroso casi, seco de lágrimas, contado al oído en la lengua de los indios que suena como un arroyo intermitente golpeándose contra los dientes

y en la que los adjetivos caen, como sobre una sábana de arena templada, sobre la gente y la tierra cuarteada por la miseria y la canícula como la primera lluvia aliviadora en la parte de arriba del tiesto de Comala.

Juan Secreto con su pequeño misterio a voces («Estas cosas que estoy escribiendo aborita... son una serie de historias, cuentos también, y una novela corta. Era una historia precisamente recogida en La cordillera que ya la tiré. Pero algo se salvó de allí. Sí... Es un relato largo. Más bien una novelita, una novela corta»)

confesándonos luego, Juan Travieso, que «eso de La cordillera son cosas que les digo a los periodistas para que me dejen tranquilo»

(¿Habrá pensado alguna vez en la suerte que tuvo Rimbaud, cuando dejó de ser el mocoso insolente de la poesía,

porque no había periodistas, víctimas inocentes de su oficio que les hace emplear a veces el mismo procedimiento de las maestras de escuela y de los comisarios de policía, y no había esos coloquios, encuentros, congresos de escritores en los que nunca falta alguien que le acosa, él también, con preguntas,

como si hubiera sido o fuera becario de la sociedad o mandatario de sus lectores que le piden cuentas acerca de lo que ha estado haciendo después de lo que hizo?)

Juan Intacto no sólo tras El llano en llamas sino incluso después de Pedro Páramo («Este librito no creo que tenga calidad. Son los lectores los que se la han dado»),

Juan Integro en su silencio honrado («Lo malo es que cuando un libro tiene éxito de venta los editores obligan a su autor a que escriba sin que interese mucho la calidad»)

Juan Discreto que habría podido darnos dos, tres, cuatro novelas —¿siempre la misma, como se sabe?— antes de encontrar la única («Yo tenía ya la idea... pero me faltaba la clave». «Intentaba explicar..., no sugería las cosas... explicaba por qué razón. Y cuando noté que todos esos materiales sobraban, entonces agarré unas tijeras y fui quitando todas las explicaciones y las cosas racionales que había...»),

y «lo racional» sobrante eran más de trescientas páginas o sea que debió romper, cortar, desgarrar, quemar con unas tijeras para llegar completo al fin de su camino

como si Juan Severo hubiera decidido comenzar por el último libro y quedarse allí, monumento a sí mismo, estatua de poesía.

Juan Lazarillo nos conduce por la topografía del infierno —un infierno no peor que éste, en fin de cuentas, porque en ése uno puede ser acogido por Edwiges Dyada, o haber conocido a Doloritas, o haber quizá amado a Susana de San Juan, o haber vengado a los pobres desmoronando el montón de piedras que fue al final el cacique—, o por el secreto cementerio donde las almas se encuentran, se conversan, ya no temen recordar, siguen amando, y de cuya última página salimos con la sensación de haber perdido algo como el paraíso, es decir el lugar natural para vivir toda la muerte, y a cuya primera página volvemos sólo para imaginar que moriremos de nuevo.

(«Tuve alguna vez la teoría de que la literatura nacía en Escandinavia, en la parte norte de Europa, y luego bajaba al centro, de donde se desplazaba a otros sitios»).

Y nosotros, ¿no tuvimos acaso la sensación, casi teoría, de que nuestra novela nacía en Comala, en la parte norte de América Latina, y luego bajaba al centro, de donde se desplazaba a otros sitios?

y la creaba Juan Tácito (recaudador de rentas, agente de inmigración, empleado de

publicidad, funcionario de un programa de riego para las zonas áridas, guionista de películas comerciales, funcionario del Instituto indigenista porque «La cosa principal de mi vida es conseguir trabajo para sostener a mi familia, ya que mi mujer y mis hijos tienen la costumbre de comer todos los días»,
ése que dice «Nunca tomé la literatura muy en serio como para dedicarle a ella todo el tiempo», «Escribo cuando me viene la afición... como una vez me dio por la fotografía»,
sabiendo, Juan «Aficionado» —¿pero lo sabe realmente?—, que sobre cualquier cosa que escriba nos abalanzaremos como si nos hubiéramos quedado sin literatura desde hace treinta años
esperando a que le venga la afición.

O estará, me digo, poniendo él mismo en práctica el consejo que hace mucho le diera a un joven escritor para «superar su crisis de creación» (y éste creía, dice, que «era un problema de adjetivos y gerundios»): dejar de escribir un mes o mes y medio (¿pero cómo se mide el tiempo en el universo de Rulfo?), comer bien, sin exceso, acostarse y levantarse temprano,
y él ya sin necesidad de escribir porque, al revés de un personaje suyo, «lleva andado más de lo caminado».

Ahora he vuelto una vez más a oír la lluvia que cae en sus renglones como llueve en mi páramo distantemente ecuatoriano
y nuevamente le agradezco que haya nacido y siga existiendo como si su existencia justificara la mía y su silencio mi pereza.
Pero hace mucho que no voy a un congreso («Los congresos no sirven de nada... sólo para volver a ver a los amigos»),
hace mucho que Juancito Caminador no ha venido a llamar a la puerta de París con cigarrillos mexicanos o tequila para los sedentarios gustosos o involuntarios
y hace diez años que no voy a México.

Quiero decir entonces que hay ganas, necesidad, urgencia de volver a ver pronto al Juan Grave, al Juan Torvo, al Juan Hosco de que hablan quienes lo han mirado sólo de lejos (o con el desencanto de Sara Facio y Alicia D'Amico que en una semana jamás pudieron retratarle ni siquiera con teleobjetivo, mientras otros se cambiaban de camisa
y de sonrisa antes de cada disparo de las fotografías frustradas),
ganas de verlo sonreír desde adentro y abrazar desde arriba, desde la altura de quien encuentra por azar al hermano pródigo o le busca para darle el pésame por la muerte del padre,
aunque tras el humo y las palabras de la noche Juan Fugaz se nos vaya, deslizándose, pegado a las paredes,
y dejándonos hasta la próxima vez la dolorosa impresión de que la amistad tampoco basta para arrancarle la costra de las dentelladas que le fue dando la vida.

JORGE ENRIQUE ADOUM
365, rue de Vaugiraud
75015 PARIS